

SEGUNDO COMENTARIO

REFLEXIONES SOBRE LA DIALECTICA DE LA GUERRA Y LA PAZ

Un libro sobre la paz y, sobre todo, un libro inteligente sobre los problemas de la paz y su relación con México debe ser recibido con gusto.

Este es, hoy, el caso. El libro *México y la paz* se construye, asimismo, sobre una serie de reflexiones que posibilitan una interpretación del mundo y una revelación de las crisis.

Me gustaría añadir, como simple juego, algunas cosas. La primera de ellas consiste en que la idea de la paz es, desde la antigüedad, una antinomia. Se contrapone a la guerra y se refuta, desde Jenofonte, que la guerra sea más eficaz que la paz. Ese lado mecánico, en el fondo negativo, me conturba. No olvidemos que todos los muertos de la guerra se forjaron, ideológicamente, en los días de paz. Todos los genocidios nacieron, intelectualmente, en las preguerras.

También me preocupa la fascinación que la guerra ha ejercido sobre la humanidad. Las dudas de Freud sobre el tema sobresaltan. Al producirse la Primera Guerra Mundial, Freud mismo se sintió arrastrado por el movimiento de las masas y habló del conflicto como de "un efecto liberador".¹ En unos meses, recuperado de ese primer impulso, reapareció su espíritu crítico como una exaltación de la vida y del pensamiento.

Su odio a la destrucción y su amor al *logos* se sobrepusieron a cualquier otro supuesto. Esto fue así porque la guerra, en el fondo, no es solamente la destrucción de las cosas, sino lo que está por encima de las cosas: el pensamiento. La guerra, y la paz, cuando ésta es sólo lo contrario de la guerra, se condensan únicamente en eslóganes, en un discurso que posibilita el asesinato y que no siempre representa la resistencia a la injusticia y a la opresión que son la base, a su vez, para la paz legítima.

La paz, en suma, considerada como una referencia unilateral respecto de la guerra, no ha sido nunca, ni lo será, un fenómeno autónomo que funcione, históricamente, como el correlato real de la plenitud de la vida. Esa es una razón más para abominar de la paz cuando ésta ejemplifica, abruptamente, la victoria de un lado, la imposición de la fuerza o el simple temor a la contienda en sí.

Eso es, o muy terrible, o muy poco. Después de la destrucción de buena parte de Inglaterra por los ejércitos romanos, una frase anónima dejó escrito, en un rótulo, el sentido profundo de la catástrofe: "ellos, los romanos, han hecho un desierto y a eso lo llaman paz".

Pero más aún. La denominarían, para siempre, *pax* romana. Los mismos ingleses del imperio harían suyo el lema, universalizando después, bajo los cañones, la *pax* británica. Los ejemplos serían infinitos. A la memoria impaciente los dejo.

La guerra y la paz aparecen así como yuxtaposición de lo mismo y, quizá por ello, las guerras han sido perpetuas y las condiciones de la paz han armado, a su vez, las guerras siguientes. La paz emerge, en consecuencia, como un malentendido y no como un proyecto — repito, autónomo— para la creación y el cambio. Yo entiendo la paz como una verdad que nos vincule los unos a los otros y no como un tratado que divida a los seres humanos, en el fondo, en vencedores y vencidos.

La filosofía indú dice que habría que separar la victoria del vencedor y que sólo de esa forma la paz tendría un significado moral.

La solidaridad ficticia creada en torno de la paz y frente a la guerra me parece un mecanismo psicológico negativo y puramente defensivo. No digo que no pueda ser bueno, pero no es bastante. El temor a la destrucción no debería ser el punto de partida para la paz, sino el ascenso hacia la responsabilidad crítica y la libertad.

Esta proposición rompería la vieja antinomia negativa y haría reaparecer el valor positivo, creador, solidario, humanístico, universal de la paz, entendida ésta como espacio para la creación y el desarrollo sin pensar, como se hace cada mañana en las casas o en las camas de hospital, qué se haría de no gastarse los recursos en armas. La verdad es que la paz entre las guerras, la paz como preparación para las nuevas contiendas suele ser sumamente costosa y nunca ha resuelto, hasta hoy, el tema de la vivienda o las camas de hospital.

Ahora, por vez primera en la historia, tenemos la seguridad de que la guerra puede significar la desaparición de la humanidad, pero no hemos construido una idea

¹ Carta a K. Abraham, del 26 de julio de 1914.

nueva, rigurosa, de la paz como hecho autónomo para transformar el mundo.

Acaso estas palabras no sean las adecuadas para referirme a la brillante compilación que sobre el tema de la paz ha realizado el prestigiado Instituto Matías Romero, pero considérese que el afecto y admiración que guardo para su directora, mi amiga Rosario Green, me han permitido exponer estas ideas para contribuir a que sea verdad aquello de que un buen libro nos hace dar vueltas y vueltas en torno a la esperanza y la filosofía.

Silvia Hernández